

LA RECUPERACIÓN DEL JUEGO EN *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

*Ruíz Pacheco, Inés**
Tujillo-Venezuela

Resumen

Hacer a un lado las contradicciones inherentes a la regla del mundo y tomarla como juego, puede ser sinónimo de crecimiento. Si se entiende el juego como una puesta en crisis de la verdad, podemos ver en la formulación de las andanzas de Don Quijote y la historia que las narra, la propuesta de que la realidad no es «la única realidad posible».

Palabras clave: Juego, Quijote, verdad, realidad.

Abstract

To put aside the inherent contradictions to the rule of the world and to take them as a game, can be synonymous of growth. If the game is understood as a setting in crisis of the truth, it can be seen in the formulation of the adventures of Don Quixote and the history of his wanderings, the proposal that the reality is not «the unique possible reality».

Key words: Game, Quijote, truth, reality.

*Periodista, Tesista de la Maestría en Literatura Latinoamericana del Núcleo Universitario “Rafael Rangel” de la Universidad de Los Andes. e-mail: inexacol@hotmail.com
Finalizado: Trujillo Abril-2008 / Revisado: Junio-2008 / Aceptado: Junio-2008

-I-

«Yo sé quién soy – respondió don Quijote».

Toda existencia humana está compuesta de una serie interminable de pruebas, desde el nacimiento hasta la muerte. Según Jung, la vida es un campo de batalla. Un estado ideal de sosiego permanente, de paz inalterable, no es posible. Aquel postulado hegeliano de que el hombre *es lo que no es y no es lo que es*, en sí contiene la idea de un combate inherente a lo humano.

Fernando Savater (1998), partiendo de Hegel, nos presenta a la razón como la cabeza inerte de Medusa; el hombre la sostiene firmemente por su serpentina cabellera, pero alejándola de sí con su brazo lo más posible. Además, como aún la mirada sin vida de la Gorgona conserva su poder petrificante, no puede contemplarla directamente sino que se sirve de un bruñido escudo. Ese escudo es el arte.

El ser se retira a un más allá informe, nunca igual a sí mismo, un no – no ser creador que es como un escudo, una burbuja cambiante desde donde el ser puede operar y enfrentarse con lo externo, lo legislado, lo que no varía, la cosa.

El ser toma al hombre, a *lo humano* que lo contiene como un instrumento y así puede extraer y depositar las imágenes del mundo desde y en ese fondo impreciso, ese pantano perpetuamente nuevo, el *sí mismo puro*. Al instrumentalizarse el hombre se asume como una posibilidad de cosa, pero operando como un bicho desde ese barro fértil de lo cambiante, eso que *no es*. Mientras se asume como no – cosa real se mantiene en el borde de la razón. Esa nada es como la pantalla donde se reflejan las imágenes que le permiten “ponerse en el lugar de todas las cosas sin convertirse a su vez en cosa” (Savater, 1998: 335). Pero sí se deja morder por la razón – ley y causa – se convierte ante sí en cosa; de lo libre pasa a lo determinado, irremediable.

Pero lo libre no es la indeterminación. El hombre no puede como los animales y las plantas, ser uno con lo que le rodea, ser una continuación del medio en el que está, de ser así no surgiría la contradicción; para poder habitar el mundo el hombre necesita identificarse. Es a través de la identidad que ese orden cambiante e irreal de lo que íntimamente *se es*, se inserta en el orden lógico de las cosas externas, no es sometándose plenamente a la ley del mundo – cosificándose – sino poniéndose *en lugar de* la cosa, simbólicamente.

El símbolo no es el lugar natural del hombre sino la constatación de que no tiene un solo lugar (...) La tentación de la locura es anular la dimensión simbólica de la identificación con el orden de las cosas. (Op. Cit: 357)

Al creer que la relación con las cosas, con lo externo inmutable mejorará si nos convertimos *en cosa*, si nos quedamos fijados, definidos, compactados con lo totalmente determinado, la mirada de medusa nos ha pretificado. No podemos encargar a la Razón frontalmente, pues nos traga. Esta locura comporta una pérdida de humanidad; es por tanto, muerte. La voluntad de invención, como esencialmente humana, es lo que nos preserva, y en los escudos de lo sa grado y el arte como los juegos simbólicos más libres, a decir de Savater, es en donde podemos operar con la razón.

Pero la locura de don Quijote, sin duda es completamente vital. *Sabe* quién es, pero lo que es, es completamente informe, mutable, nunca igual a sí mismo. Por eso sabe también que puede ser “no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia, y aún todos los nueve de la Fama...” Y no es que se sintiera un proteico caballero armado que pudiera convertirse en otro cualquiera, por muy honroso que fuese, sino que podía *ser* en esencia, quien decidiera ser.



-II-

Tal vez lo lúdico –que el arte y lo sagrado conllevan– a la manera del juego sea otro de los espejos para enfrentar a Medusa. Si entendemos el juego como una puesta en crisis de la Verdad, podemos ver en la formulación de las andanzas quijotescas así como en la creación de la historia que las narra (y de toda literatura) la propuesta de que la Realidad no es la *única realidad posible*. El que juega es como un fugitivo con un pie en la realidad y otro fuera. El universo del juego –desde el ajedrez hasta las correrías infantiles– establece sus reglas respecto de la realidad. Pero esa reformulación siempre es creativa.

Un niño se pone una capa y se lanza del techo porque cree que puede volar. Pero su juego no consiste únicamente en volar, en pensar digamos: “estoy desafiando la ley de la gravedad...” El juego consiste en *ser* el superhéroe y todo lo que ello conlleva. Don Quijote cree en el mundo que imagina a partir de las novelas de caballería como *posible*, y así su bautizo y su celada de cartones y su flaco rocín son tan lejanos de un disfraz como la sábana –capa del niño. Pueden establecerse las reglas de ambos juegos; más la diferencia capital es que Alonso Quijano *no* es un niño, no es *inocente*.

Decía Nietzsche que la madurez consistía en recuperar la seriedad con que jugábamos cuando niños; esa seriedad, puedo pensar, que nos la permitía, entre otras cosas, la inocencia. En la inocencia las reglas del mundo pueden hacerse a un lado, no son cárcel. Cuando cuestionamos el juego nos paralizamos, porque estamos ante una pérdida de libertad. Así, es como si le “perdiéramos respeto” al juego, como si bajáramos de jerarquía; tememos la revancha de la Realidad. Hacer a un lado las contradicciones inherentes a las reglas del mundo y tomarlas como juego puede ser sinónimo de crecimiento; es más *posible* estar en armonía con las reglas del juego, nadar en él, disfrutarlo. Esto debe ser lo más envidiado en “ aquellos hombres famosos por

sus ingenios, los grandes poetas...” . Es también lo más, de Don Quijote, libro y personaje.

-III-

«Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con Sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido».

Don Quijote invita a Sancho a un juego un tanto extraño, todo a cambio de una ínsula e inimaginables aventuras. Más tarde, Sancho, cebado en los trajines de ser escudero de un caballero andante, no sólo adopta el papel que Don Quijote propuso, sino que lo disfruta. Se divierte Sancho a pesar de ser manteado y apaleado, en vagar de aventurero con las historias y locuras de su señor, y es importante notar el respeto que siente ante la persona del loco Don Quijote; claro que es su servidor y como tal efectúa sus labores con la necesaria diligencia, pero además es su portavoz, lo anuncia cuando llegan a algún lugar o se encuentran con algún caminante, y aún en ausencia de Don Quijote continúa siendo su escudero fiel, acompañando al “más grande caballero andante”, admitiendo algunas de sus locas ideas, tomándose el bálsamo de Fierabrás, o fingiendo los azotes para desencantar a Dulcinea. Resulta difícil pensar aún al fin de la primera parte que la ínsula que Don Quijote le tiene prometida continúe siendo para Sancho una posibilidad, por muy poca sal que tenga en la mollera. En el comienzo de la segunda, cuando Sancho espera aclarar lo del salario con su señor, ya sabemos que nuestro barbudo amigo está sencillamente maravillado, pues es el segundo protagonista de una historia publicada, que según el bachiller Sansón Carrasco es clara, casta, entretenida y alabada, y está en boca de tantas gentes su nombre, también, y esto es lo más notable, extraña las andanzas de su anterior salida y en su simplicidad se ha visto viviendo demasiadas cosas junto a ese viejo al que la ha tomado gran cariño.

Hacia el final del libro (II, LXVII), ante la avalancha de pensamientos que a Don Quijote “como moscas a la miel le acudían y picaban”, encontramos una nueva propuesta de juego.

(...) Si es que a ti te parece bien, querría, ¡Oh, Sancho! propone Don Quijote los nombres y los roles que jugarán, en un pasaje de lo más divertido: “y llamándome yo el *pastor Quijotiz*, y tú el *pastor Pancino*, nos andaremos por los montes...

Mas, piensan que “tal género de vida” les cae de lo mejor, y que de seguro el bachiller, el cura y el barbero se morirán de la envidia y entrán al gremio pastoril. Esto me recuerda la sensación del final del día de juegos, o de las vacaciones cuando los niños sienten con inusitada gravedad la sombra de la realidad, el regreso a las obligaciones. Pero aunque ya en este momento la *caída* de Don Quijote ha comenzado a entristecernos, y Sancho teme, con razón, que no ha de llegar el día en que se vea en tal ejercicio pastoril, nos hemos reído bastante.

Cervantes nos muestra una voluntad lúdica que no sólo nos toca en tanto descocupados lectores muertos de la risa con las ocurrencias y aventuras de su pareja ejemplar, sino que sentaron precedentes en cuanto al *arte* literaria; *Don Quijote* funda nada menos que la novela moderna, y sigue siendo además, la mayor y mejor de ellas.

No es tan sólo con esa maestría en la escritura, con ese genial uso de la lengua y el magnífico humor que Cervantes nos asoma a lo lúdico. Ya en el prólogo se nos anuncia como “padrastró” de Don Quijote. Ante la “falta de adorno” de su personaje, acude un amigo de Cervantes a dar con las soluciones, no poco ligeras, a tales faltas. Más adelante vemos en un pequeño relato policial inserto en la novela, que quien narra no es autor sino que buscó la continuación de las historias hasta dar en el Alcaná de Toledo con el manuscrito en arábigo, y pagó a un traductor que lo vertió al castellano en mes y medio. El autor resulta ser un moro llamado *Cide Hamete Benengeli*, *historiador*

arábigo, acotando que dicha historia es verdadera, que el autor es testigo presencial; sin dejar de notar lo mentirosos que son en aquella nación.

Quiso la providencia que Avellaneda escribiera una segunda parte a la historia de Don Quijote, para tener la respuesta de Cervantes en su segunda parte de 1615. Allí, los diablos que Altisidora vio en su “muerte” jugando a la entrada del infierno comentan acerca del Quijote apócrifo de Avellaneda. En el cap. LXXII, ocurre una travesura aún mayor de Cervantes, al presentar en esta *verdadera* segunda parte de las aventuras del Quijote a un personaje de la falsa –don Álvaro Tarfe– que declarará no haber conocido hasta entonces al verdadero Don Quijote y al verdadero Sancho Panza, sino a unos falsos. Esta sorprendente intrusión de la *realidad* en la historia que nos es contada es otro de los juegos de Cervantes. Del *Quijote* apócrifo hablará Don Quijote, ya vuelto Alonso Quijano el Bueno, en su testamento, y también Cide Hamete Benengeli, quien se apropia de la historia y personaje: “para mi sola [mano] nació Don Quijote, y yo para él. (II, LXXV) Nótese que el “autor” también nació para *Don Quijote*.

Encontramos también la inclusión de las propias obras cervantinas en la ficción, como ocurre no sólo con el primer *Quijote* en la continuación de 1615, sino por ejemplo con la *Canción de Grisóstomo* o *La Galatea* que se salvó de la hoguera en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote. También hace Cervantes algo de crítica literaria, por ejemplo cuando el bachiller Sansón Carrasco habla de los censuradores de libros, que no ven el sueño que sus autores han perdido en su composición, y que no ven que lo que llaman fallas pueden ser como lugares “que a las veces acrecientan la belleza del rostro que los tiene”.

Además, destaca también la conciencia de Don Quijote de que su historia es digna de tener un narrador que la cuente, pero que al mismo tiempo él es un personaje en la

mente de ese autor, como se lo dice a Sancho:

Y así digo que el sabio [a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas] te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento que ahora me llamasen el *caballero de la Triste Figura*...

Así pues, tenemos en *Don Quijote* un instrumento lúdico en el sentido más directo, pero surgido de lo más vital, de lo más humano, que nos facilita la tarea de recuperar aquella dimensión del juego que hemos perdido.

-IV-

«Sólo quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote; el jumento, cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras, que le perseguían los oídos; Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por los mismos a quien tanto bien había hecho».

Le decía Henry Müller a George Orwell que podía entender que alguien fuera a la guerra por motivos puramente egoístas, como la curiosidad, pero que sentirse comprometido era una completa idiotez. Podemos pensar en Orwell como cercano a lo quijotesco debido a sus ideales, a su lucha contra la corriente literaria y política de su momento; pero me atrevería a decir que Müller tiene algo de quijotesco más auténtico, y se trata del *disfrute*. No lo imaginamos viviendo en su medio como un extraño, pero él miraba la vida, la suya y la de los otros con un extrañamiento que le imponía un puente doloroso con la realidad; continuó hasta el final en ese choque, pero sin dejar nunca de disfrutar, de amar la vida. En esto radicaba mucha de su fortaleza.

Cotidianamente vemos en *lo quijotesco* un sinónimo de sufrimiento, de autodestrucción, de un “alejarse de la vida” como si la vida fuera lo que está establecido por las normas, ya no

las naturales, sino las humanas, las sociales. Así, es quijotesco el sufrido ecologista, el ingenuo revolucionario, y todos los que abogan por “un mundo mejor”; pero les decimos pobres quijotes pensando tan sólo en su ausencia de la realidad, en su condición de perdedores. Serán unos quijotes desgraciados, si sus salidas no les sirven para aquello de la *hechura del alma*, pero lo que cada vez más parece perderse de vista es lo que el ingenioso don Quijote pretendía a través de su campaña de caballero andante, eso que quería *recuperar* a cambio de la razón que había *perdido*. Si en la lectura no podemos ir más allá de la literalidad de un loco que se creía caballero andante, nos quedaremos como ese don Quijote *hueco*, frustrado, que no hace mella. Hay algo más debajo de la superficie, una mirada al disfrute con otros ojos, no tan sólo los de la sorpresa y el humor y la tristeza que nuestro *amigo* el Caballero de la Triste Figura y su escudero nos producen.

-V-

«Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede».

Ningún ser humano adulto – excepto tal vez algunos *Cándidos* – escapa a la conciencia de que en el mundo que habita, todos los más y los menos afortunados están sujetos al sufrimiento, a la contradicción. Lo que don Quijote busca es el mundo donde los deseos no están en conflicto con las leyes, no humanas ni naturales. ¿Y acaso es otro distinto el anhelo fundamental nuestro?. Don Quijote, de alguna forma ha avanzado en ese camino de la madurez que invita a vivir con la seriedad con que jugábamos cuando éramos niños. La locura es una especie de involución; esa huida de la cordura es, por otro lado, un sumergirse en sí mismo, como lo vamos notando en el transcurso de la novela. En este ejercicio de alma, lo más fascinante, lo más sorprendente para el

hombre de hoy no es la *acción* quijotesca misma, sino la plenitud con que se la vive. Aunque Alonso Quijano antes de morir abominó los libros de caballería y se declaró un necio al haberse permitido caer en la locura, entiende no que aquella es historia pasada y tiempo perdido, sino que de dañina se volverá con ayuda del cielo en su provecho. Fe cristiana al momento de la muerte, pero también conciencia en el final de sus días, de *haber vivido*.

Ocioso como pasaba los más ratos del año “del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”; pero el hidalgo cincuentón ya había estado, sin saberlo, como quien anhela el amanecer para iniciar un viaje, acariciando en su lectura lo que la razón le impedía: lanzarse contra el muro de aquella prisión de los días que para transcurrir cada vez más necesitaban de causa; y fue así como se dio a poner en efecto lo que deseaba. Don Quijote quería vivir emocionantes aventuras; las vivió – tal como nosotros vivimos las suyas – cuando leyó los libros de caballería que lo chalaron. Pero ese anhelo no surge del mero deseo de hacer “travesuras”. Surge de la necesidad de una vida más plena, “para el aumento de su honra como para el servicio de su república”. Hizo de memoria e imaginación una sola y misma cosa, buscó armadura, rocín, señora y escudero, y previo discurso, se lanzó a por las aventuras. En esto encontramos nosotros insospechado placer. Las quijotadas y sanchadas divertidas, crueles, admirables, sencillas, nos mueven a través de la historia impulsados por un humor exquisito; pero hay algo más que ese humor cristalino, que lo supera y lo contiene, y esto es una sensación de plenitud.

En el mito moderno del Quijote que todos conocen (aún los que ni han leído ni leerán el libro) se esconde una reflexión, un espejeo que radica en cierta necesidad similar a la de él, salir en busca de esa plenitud de vida, por muy absurda que parezca la acción de *salir*, y aún más lo de una vida *plena*. Es esa edad dorada lo que don Quijote quiere recuperar, en contraposición con la suya, esa

de *hierro*. Pero, es más que ese pasado glorioso de los libros de caballería. Don Quijote nos remite a otro tiempo, un tiempo donde esa prisión ontológica ablanda sus barrotes, que como el tiempo sagrado del que habla Eliade, está incluido, subyace en el nuestro. Pero su juramento de caballero es válido para el mundo real, y lo remite al presente continuo; no es un *Edén* – ubicado fuera del tiempo –lo que anhela sino que cree en la existencia de esa otra posibilidad, por eso se aboca a la *acción*. Morirá sabiendo que era un imposible, pero superando la frustración que sería no haberlo comprobado.

Lo trágico de la condición quijotesca, sigue tratando de ser superado en la modernidad y aún en nuestros días (como sea que se llamen) a través de una adhesión plena a la “realidad”. En esto, si cabe tal juicio, la cultura parece que cree reproducir lo trágico cuando más bien lo esteriliza; quiero decir que en lugar de crear conciencia trágica o de entenderse como surgidos de ella, los modernos quijotes (y los hay) son tomados como estandarte de lo absurdo, de lo insensato, de lo improductivo, vaciándolos de lo que es esencialmente íntimo y universal a la par; ese gesto de *salir a desfacer entuertos* es un ejercicio de libertad. En la lectura hallamos nosotros ese espacio, ese impulso.

Quien haya leído la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y no se haya sentido – porque son sentimientos y sobre todo sensaciones inevitables- al menos un poco ebrio de libertad, no está vivo. Más aún, no está cuerdo.

Bibliografía:

- BASAVE, Agustín (1959). *Filosofía del Quijote: Un estudio de antropología axiológica*. Espasa Calpe Mexicana. México.
- CASTELLS, Isabel (2004). *Apuntes extraídos del material: Sueño y*

locura. Mitos clásicos y modernos en el arte y en la literatura. (En el IV Centenario de El Quijote) Curso de verano. España.

CASTRO, Américo. (1974). *Cervantes y los casticismos españoles.* Alianza Alfaguara. España.

CERVANTES, Miguel. (2004). *Don Quijote de la Mancha.* Real Academia. Editorial Santillana. España

FOUCAULT, Michel (1986) *Historia de la locura en la época clásica, I y II.* Editorial: Fondo de Cultura Económica. México.

SAVATER, Fernando. (1998). “El arte como forma de cordura” en *La tarea del héroe.* Editorial. Destino. Barcelona.